

Personalidad e inmortalidad de

Gabriel y Galán

por EL LAZARILLO DE TORMES

LAS DOS SALAMANCAS

SALAMANCA ciudad, corazón y cerebro, razona por la Escuela de los Estudios, reza por las agujas afiladas de la Catedral y se regocija por su plaza. La Universidad es su pensamiento, la Catedral su conciencia religiosa y la Plaza Mayor su psicología.

Carretera adelante del paseo vespertino, camino de Zamora; llegamos a la altura desde donde se domina, como en una bifurcación de paisaje, la pequeña ciudad caballeresca blasonada de torres que la encrestan y la paramera de los campos armuñeses de misteriosas armonías, «de hondas lontananzas muertas». Salamanca urbe y tumulto, con un gesto de prestancia señorial, rica, porticada y voluptuosa, renacentista filigrana de piedra oxidada de encajes platerescos, y Salamanca labradora, paisaje rural de perenne fragancia y monotonía, de sentimientos inéditos, de lozanías primitivas, donde brota la savia del árbol sin ahogos, la mente sana y el cuerpo robusto.

Para enmarcar la fisonomía artística de Gabriel y Galán, es menester trazar esta línea divisoria de paisajes. El poeta charro la define bien en «Regreso», poesía que debiera encabezar sus colecciones. El alboroto ciudadano cargado de hastío, la polémica del café, el ir y venir afanoso de los hombres, el cotilleo de las falsas amistades y el fatuo esplendor de la ciencia; como una resaca llevaron a G. y Galán al refugio de sus campos. Con dolor pasional de Musa llora estos desencantos:

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fuí dispuesto a escucharles de rodillas,
sin que allí mis palabras de hombre rudo

salieran de la cárcel de mis labios
que en ellas hizo la ignorancia un nudo...

Y porque la fama *vocinglera* de la ciudad asfixiaba la libertad de su numen; la primera parte de «Regreso» sale de su pluma con el restallazo de la sátira, aunque pobre de inspiración. No era lo suyo. No lo sentía. La segunda parte en cambio de exquisito equilibrio e intenso lirismo, viene cargada de aromas campesinos. Caen como un eco de lluvia rimada, como si el aire puro de la alquería oxigenara sus versos, con espontaneidad y sentimiento ingénito, sin resabios de cultura libresca. El arranque de la primera silva tiene vitalidad y fuerza épica y una rusticidad agradable. Cómo olvidar ese saludo, que es un apretón de recuerdos a la paz de la alquería y a los céfiros de sus montes:

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con hiel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!..

Le salen al encuentro sus jornaleros. Todo a su llegada se convierte en himno sonoro.

Hombres de mi alquería,
custodios fieles de la hacienda mía:
los que vais encorvados
detrás de los arados
desgarrando los senos de mis tierras;...
.....
salid a recibirme! ¡Yo os saludo
y os bendigo en la paz de mi alquería!

Vuelve a la amistad perdurable de los suyos con la ambición de una fidelidad creadora. Comunica la pasión por las faenas labradoras y pone en el pecho «un corazón de oro, que de todos los hombres hace hermano».

Fray Luis de León cantó también el campo de la Flecha y las onduladas cuevas de los tesos salmantinos en liras condensadas y clásicas; pero en su huerto soplan aires de clasicismo horaciano. El regreso a la paz de la alquería de Galán es fresco y fecundo y lleno de alma. Poeta realista y enamorado. El campo le ha rendido con todos los hechizos de una mujer hermosa. Se enamora «de la sierra solitaria de su pueblo», «del musgo pegado en el tronco de la encina vieja» (1), «de los mares de enceradas mieses» y de la soledad de la llanura.

(1) Cartas y poesías inéditas de G. y Galán, página 115.

«Regreso». Recio sonar del Cancionero campesino en compañía de gañanes, jornaleros y pastores; vaho de establos y rediles, humo de hogares en paz, fruto colmado en la alquería, en los graneros y en los anchos pajares bien olientes». «Regreso». Idilio de retorno comunicativo, purificado en la nostalgia de la tierra, de forma suave como una tarde de ternura frágil, limpio como el temblor de una virgen, sencillo con una ingenuidad primitiva.

EL REMANSO DE LOS POEMAS CAMPEROS

Esto es el poeta. He aquí su profunda biografía; su recia personalidad. Su obra es canto de alondra mañanera que emigra del ruido pasional de la ciudad y hace en el remanso del campo la melodía de sus versos. «Regreso» por delante, como madurez de un fruto cogido en el camino. Primeras ramas de roble y encina que coronan su cabeza, de donde arrancará toda una cadeneta de rústica verbena ensoñadora, concatenación artística de composiciones tales como «Las sementeras», «Mi vaquerillo», «Los pastores de mi abuelo», «Canciones de la noche», «Ara y canta», «Canción», «Canto al trabajo», «Trisca cabrerillo» y «El poema del gañán». Galería poética de ilusiones remozadas y remanso tibiamente aromado de poemas camperos.

Las ocultas armonías de los campos dejan en sus oídos el hálito imperceptible de voces arcanas, que le obligan a exclamar:

¿Cómo tendré yo el alma
que resbala por ella
la dulce poesía de mis campos,
como el agua resbala por la piedra?

La serenidad armoniosa del horizonte sin fin y la extensión especular de los cielos, arrullan el sueño de sus emociones tranquilas.

Resbala sobre mí sin agitarme
- la dulce poesía en que se impregna
la llanura sin fin toda quietudes
y el magnífico cielo todo estrellas.

El bucolismo se mezcla en alterna competencia con las labores de la tierra. G. y Galán otea todos los rincones de sus campos; los recorre no con curiosidad turística, sino en trato y convivencia, como poeta-labrador. Como él dice, «para hacer su canción, ha dejado un momento abandonada su tosca podadera».

De este modo nos explicamos que paisajes tan hoscos al parecer como los encinares, las barbechadas, las mieses aún cerezonas y húmedas, las eras encueradas y secas, sirvan al espíritu de sustancia exquisita para labrar sus joyas.

Es la tierra castellana como una mujer mimosa. Tiene preferen-

cias y desvíos, sacrificios e ingratitudes. Para el que la corteja y sirve con amor, es la tierra madre, tierra caricia que descubre unos encantos siempre nuevos. Para el que se hastía de las soledades campesinas, es la dueña arisca que cierra los cauces de su frágil belleza.

Hagamos una pausa en el remanso de los poemas camperos de Galán. Escenas de égloga virgílica. Páginas siempre abiertas de la naturaleza rebosantes de anhelos esperanzados. Todo es digno de observación: los caseríos que se agrupan humildes como nidos de palomas, las torres cuadrilongas que sobre ellos se levantan como la exaltación de la esperanza, el encinar cargado de reposo, el nocturno campesino de «*Mi Vaquerillo*», las semillas que caen en los surcos de «*Las Sementeras*», «*La jurdana*» que baja por la cuesta del serrucho pizarroso, el recuerdo de «*Los Pastores*» de su abuelo, el camino que forman las hormigas, las faenas de tío Roque que abre la tierra esponjada «*Surco arriba y surco abajo*», el campo de la nieve immaculada de «*Las canciones de la noche*» el aliento al trabajo de «*El poema del gañán*», el alegre esquilón de la ermita, el grave zumbido del tábano en la siesta, el coloquio idílico de los enamorados, las eras y el barbecho; todas las faenas rústicas, desde la vida errante del pastor hasta el ajetreo del labriego que montado en el pescuño entrega al viento y al sol de Castilla sus tonadas profundas, melancólicas y largas, como los surcos que abre con su yunta.

Puestos a escoger en este surtido de pequeños poemas, nos quedaríamos con «*Las sementeras*» y «*Los pastores de mi abuelo*».

Recostado en el repecho preside la operación de la sementera. La reja del arado enternece el paisaje y lo deja dulcemente blando. El poeta escucha por doquiera «un hondo y general rumor de vida y un ruido sordo de pujante brega».

Aquilata la descripción y recoge con avaro oído

uno que suena compasado ruido,

como de riego de menudas perlas

al desplegarse el abanico de oro

de la simiente que los mozos riegan.

«*Los pastores de mi abuelo*». Himno de vida pastoril, con añoranzas de una música virgen intensa. Estrofas viriles espléndidamente sonoras, hechas con relieve escultórico a golpe de cincel. Nobleza de pensamiento, vigor de fantasía y elevación de Musa que pone en la soledad de las campiñas onduladas el alto relieve del pastor, poeta y sacerdote de la llanura, símbolo de paz, tañedor de la gaita y el rabel.

Yo quisiera que encubriesen la zamarras de pellejo

pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo

penetrados de la calma de la vida montaraz...

Realismo castizo, humano y virginal el de estos pastores, que

han pasado la noche en la majada y han corrido las cañadas en busca del ganado y han aguantado a pie firme sobre su zamarra las heladas mañaneras y han enfangado sus abarcas de cuero en el chapatal de la tarde lluviosa y pertenecen a la casta de hombres vigorosos «más leales que mastines, más esquivos que lobatos y más sencillos que corderos».

Toda la bucólica amanerada del siglo XVIII es literatura quebradiza. Las ternuras eróticas de Jovellanos y las sensiblerías híbridas de Meléndez, con sus pastoras empalagosas y pastorcitos de trapo polvoriento; la consideró G y Galán mero artificio de forma y una profanación de sus campos austeros. Así lo hace constar en su idilio:

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos

no la casta fabulosa de fantásticos Batilos

que jamás en las majadas de mis montes habitó,...

Poemas camperos de Galán. A esas horas del sol de mediodía, que parecen lengüetazos de fuego, a esas otras de las tardes tibias y soñolientas o aquellas más contagiadas de eternidad, en que la noche pone con su luz flores de ilusiones: el poeta charro encomendaba a sus ojos el panorama de la llanura y volvía a su hogar conduciendo el carro de su trabajo con cargazón de ideas nuevas tostadas al sol de Castilla.

EL HOGAR EN LA ALQUERÍA

La psicología hogareña de la alquería castellana tiene para nuestro poeta un alma: la mujer. En el mundo femenino de sus versos toman cuerpo cuatro figuras conjugadas con otras tantas emociones: madre, novia, mujer campesina y ama de la alquería.

«*Amor de madre*» une en su corazón dos hermanos gemelos, dolor y amor para formar la expresión del sentir más puro de la sensibilidad. Con gran respeto cristiano evoca este asunto:

dejad que hijo que lo santo siente

comience haciendo con respeto santo

la señal de la cruz sobre la frente.

Providencia y sostén, modeladora de la vida del hombre, olvido de sí misma hasta el sacrificio voluntario, hieles amargas, inquietudes sin cuento, mejillas por donde han corrido todos los dolores de la vida: eso es la mujer madre. Nos describe una escena de sacrificio maternal en creciente, un tapiz tejido con la negra urdimbre del infortunio. La fibra materna se templea en el heroísmo. Aquella pobre mujer sabe que su hijo se arrastra por el barro de los vicios. Una noche de espesas tinieblas, en un transporte de maternal desvarío, tiene el valor de acercarse a la puerta del lupanar. Decidida a llamar al réprobo querido, espera con ansiedad paciente su salida.

Y acurrucada en la calleja oscura
 como una pordiosera,
 transida de dolor, con calentura,
 con frío de terror y faz de cera,
 parecía velando en la negrura,
 la muda estatua de amor que espera
 la santa redención de un alma impura.

Salen dos hombres ceñudos y blasfemos. Se paran frente a frente. En la reyerta cae uno de ellos envuelto en un charco de sangre. Suena en la oscuridad un grito y se interpone una mano que detiene al asesino. («Hijo del alma—dijo con voz de mártir que a perdón sonaba»).

Otras dos figuras, de cuerpo anciano, con fiebre maternal en los ojos, enlutadas de negros crespones, sorprenden al poeta en las estrofas de «*Lo inagotable*» y en «*Amor*». Los besos y las lágrimas de una madre anciana caen sobre la losa tumular del hijo muerto, como las notas de un himno fúnebre, estrujadas por la calentura del amor.

¡No estás solo, hijo mío,
 te acompaña el dolor del alma mía!

El lector, medianamente iniciado en el conocimiento de «*Castellanas*» y «*Campesinas*», distinguirá cinco muchachas casaderas que frecuentan la alquería de Galán: Teresa, que camina hacia «*El Barbecho*», Consuelo, que atiende al adagio «*Del viejo el consejo*», «*Ana María*», la montaraza de Carrascal del Camino, Isabel, «*La Espigadora*» y el paso airoso de la «*Castellana*», que nos recuerda, sin querer, algunos pasajes del poema de S. Isidro de Lope de Vega. El poeta se va poco a poco serenando en las pupilas negras de la novia castellana. No ha escogido un desfile de plasticidades femeninas. Busca el tipo por excelencia de la mujer labradora con pulcritud recatada, requiebros inocentes y espontaneidad de forma. Prefiere el aire retozón de quintillas y cuartetos para dar a sus versos estructura musical de paso-doble. (Léanse las que comienzan: «*Vas a espigar, Isabel*», y «*Deja la charla, Consuelo*»).

La mujer novia de estas composiciones, es un símbolo de castellanidad y a la vez una realidad tangible y fresca. No resulta como la mujer de las «*Rimas*», de Bécquer, mera ilusión de un estado afectivo, figura indecisa de una fiebre erótica, hoja ingrave que camina hacia el dolor, envuelta en colores, sonrisas y notas. El tipo castellano de novia tiene perfil, aleteo de sonrisa y rocío de juventud, presiente los encantos de la maternidad; lleva en su rostro lozanía de fruta campesina, en sus manos, olor de mejorana, y en su corazón, bálsamo casero de ternuras y sacrificios.

Apenas si asoma al borde de «*Campesinas*» el retrato de la mu-

jer entregada a las labores del campo de una manera despiadada. Sólo una vez roba la delicadeza de sus mejillas el sudor del trabajo campesino. Es una madre que gana, en tan ingratas faenas, un pedazo de pan para su hijo. («Yo la he visto cargada—camino de la veega con la azada—delante de un verdugo...»).

En el umbral de «*Castellanas*», «*El Ama*» nos da la llave para entrar con seguridad en el hogar honrado de la alquería. Creación original, deliciosa y poética. Momento feliz de su Musa, de esos que los poetas no pueden renovar a su antojo. La asimetría asonántica marca nuevas rutas en la versificación. Sus versos son las arras del desposorio oficial con la Poesía. (Juegos Florales de Salamanca, 1905). Es casi seguro que tuvo delante el recuerdo de su madre que hacía dos meses había muerto. Porque no es sólo la media tinta de tristeza que arroja sobre la alquería; está, además, dolorosamente unguada con un óleo de resignación. Efectivamente, nos llega a persuadir que por entonces cruzaba por su alma la huella fría del infortunio.

Hasta el título es un acierto. «*El Ama*». Nombre de recuerdos dormidos. Canto de amor y de esperanza. Mujer símbolo de las bondades y de los desintereses personales. Labradora humilde, hacendosa, providencia del hogar, pensadora y cristiana. Fuerte para sufrir; instinto de delicadeza para afinar el espíritu un poco áspero del hombre. «Trocó mi casa en amoroso idilio—que no pudo soñar ningún poeta...»

Composición, idilio y elegía. El primero es fragante y luminoso. («La vida en la alquería—giraba en torno de ella...») La muerte envuelve a cosas y personas en una atmósfera pesada de misterio. («La vida en la alquería se tiñó para siempre de tristeza...») Para crear la efigie de «*El Ama*» toma en sus manos de artista divina levadura. (1)

La parte idílica es suave como una primavera que se abre en rosas. Ingenua y un poco diluida en el cauce de las ideas, con repeticiones que le dan un aire de atildada pulcritud. Si es interesante, dígalos esa entrada sublime, preludio con caricias hogareñas de una emotiva partitura. («Yo aprendí en el hogar en que se funda—la dicha más perfecta...»)

Nos hace la presentación de «*El Ama*», «amable, cariñosa y seria», y se complace en llevarnos por las habitaciones de la casa y los rincones de sus campos. Nos enteramos de la vida bullanguera de las mozelas que lavan la ropa en el regato; oímos los cantares de los mozos, del aguador y del cabrerillo. («Y yo también cantaba—que ella y el campo hicieronme poeta...»)

Idilio con diafanidad de cielo y pureza de brisas en las mieses del sembrado y en los árboles de la alameda.

Tras la jugosa intimidad de los recuerdos, la elegía penetra en las

(1) En mi obra sobre «*Gabriel y Galán*», publicada por la «Academia Literaria del Plata», Buenos Aires, he trazado un análisis detenido de «*El Ama*», comparándola con el idilio de Núñez de Arce. El marco estrecho de este trabajo me impide hacerlo aquí con el sosiego que quisiera.

regiones del silencio y en el espíritu del poeta se encrespan las horas aciagas del dolor. La muerte de «*El Ama*», siniestra como una esfinge, tiñe los campos de tristeza. Lloro el poeta reciamente en el hondo silencio interior; su voz delgada y rota cae en el hogar como una pesadilla.

¡Qué días y qué noches
con cuán lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Desfilan su dolor los campos, las auroras de Mayo, los atardeceres de otoño y las noches de Julio en las eras. Recogen la tristeza los jornaleros, que mudos pasan el día en sus faenas. («...y palabras y ruidos importunan—la rumia sosegada de las penas»). La ingenuidad del pastorcillo llega a su alma como un beso de ternuras infantiles:

«Animo amo;
haiga mucho valor y haiga pacencia».

A LA ORILLA DE LAS HONDAS SOLEDADES

Gabriel y Galán llevaba al campo un cuaderno, donde recogía como en «kodak» literario, los tipos y paisajes de «*Castellanas*» y «*Campesinas*», para revelarlos después en la cámara misteriosa de su genio

Sin embargo, lo mejor de su producción literaria no es precisamente lo transcrito en este cuaderno castellano; sino las notas que puso en su margen lo que reservó para glosarlo al lado de Castilla, lo que escribió al borde de los campos de Salamanca y a la orilla de sus hondas soledades: *sus poesías extremeñas*.

El poeta charro entra en buena compañía con el «*Miajón de los castúos*» de Chamizo, presentando en el comercio de las Letras, «*Varón*», «*El Embargo*», «*El Cristu Benditu*», «*Cara al Cielo*» y «*El desahuciado*» como primeras obras, y en un segundo término «*La embajadora*», «*Bálsamo casero*», «*La Benéfica*» y otras de excelente calidad y fuerte colorido regional.

Penetró en Extremadura con pie seguro y le fueron propicias las tres Gracias: la Musa del amor, su esposa, la Musa del dialecto y la Musa de la Poesía

El hogar extremeño durante algún tiempo abrigó sus caricias de padre, de esposo y de poeta. Habitó aquella tierra virgen, la de los campos recios y fuertes, que palpitan bajo la lumbrada del sol, fecundos con los bosques de encinas y con sus hazas de opulentas siembras. Extremadura, la Amazona de los conquistadores, la moita fresca y oliente llena de intimidades y de ternuras silenciosas.

Cuando la Musa extraña le visita su inspiración es más segura.



ALBUM EXTREMEÑO.—Estatua de Gabriel y Galán, en el Paseo de Cánovas, de Cáceres. (Foto Javier)

de menos desnivel poético, de lirismo más hondo, de métrica más fluida. Agua de manantial brota sin hacerse sentir y permite ver en su fondo hasta las más perceptibles delicadezas de la idea.

Páginas saturadas de calor de hogar, más que de tomillo campero. Recios sones de folklore regional con armadura de guerrero primitivo: Eso es «Varón».

Me giedin los hombris
que son medio jembras!
cien veces te ije
que no se lo dieras
que al chiquín lo jácian marica
las gentis aquellas...

Vitalidad indómita, sentido de justicia popular, aire preñado de tormenta respira por su pecho honrado el campesino de «El Embargo».

Señol jues pasi usté más alanti
y que entrin tós ésos.
No le dé a usté ansia,
no le dé a usté mieo...

Si venís antiyel a afligila
sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!

El momento culmen, la estrofa «in crescendo» de la emoción poética, es aquella que pudiéramos llamar desplante de la fortaleza varonil:

Pero a vel, señol jues: cuidiaito
si alguno de esos
es osao de tocali a esa cama
ondi ella s'a muerto;
la camita ondi yo la he querido...

No hay cuerda del alma que no vibre desgarradora al escuchar los ayes del pobre desahuciado. Escena casera la de «El Cristu Benditu». Cae bajo el dominio de su numen paternal y se recrea con el nacimiento de su pequeño Jesús, hasta el punto de ponerse «entontecio de gustu». (Un jabichuelino,—con la cara como una azucena...) Lo toma en sus brazos, como una flor de blandos ensueños, para zarandearlo al arrullo de su corazón: con unos versos tan suaves

que paicin zumbíos de abeja,
ruíos de regato,
airi de alamea...

En resumen: Nos devuelve con el dialecto extremeño literatura de hogar, realismo sano, ajeno a todo artificio, auras de intimidad extremeña, canción de la tierra ennoblecida por la aristocracia del genio.

MI BRINDIS

Estrechadas y apretadas salen a la calle estas cuartillas como lo exige su destino. No son más que un brindis. Brindis de inmortalidad y de emoción. En el banquete de los genios designados, no pueden faltar las libaciones a las musas a la manera de los antiguos, ni el brindis de los que homenajean al poeta de los campos castellanos, al estilo moderno.

Brindis de inmortalidad. No derrames sobre el sepulcro—decía Horacio a su protector Mecenas—las nenas o lamentaciones consagradas. *Vates diformis*. El poeta nace con dos naturalezas. La que perdura se desposa con la gloria y es llevada en ala poderosa a través de las sirtes y de los mares desconocidos. Privilegio concedido a Icaro de remontar su vuelo de triunfo. Perenne lozanía emanada de las musas. Redención e inmortalidad.

Los versos de «Castellanas» y «Extremeñas» recorrieron con el poeta rutas de fantasía y ahora suben todas las ascensiones de la vida en una revolada triunfal. A Gabriel y Galán le sorprendió la muerte todavía joven, cuando ofrecía la abundancia de sus frutos sazonados. Está fuera de toda escuela poética. Auténticamente castellano y moderno, con modernidad única en el bucolismo de Castilla; puede y debe servir de guía de cuantos desean reivindicar el actualismo literario de extrañas influencias. La expresión poética moderna es renovadora de la riqueza de los elementos, vive de relaciones felices, que sacuden alegremente la fantasía. El autor de «El embargo». «Varón» y «El Ama» penetra por caminos desconocidos con forma clásica, fondo realista y ritmo nuevo.

No cometamos la torpeza de poner al vate charro del brazo de esos poetas cerebrales de última vanguardia, cuya obsesión es la esencia dramática del simbolismo, que obligan a todo el idioma a entrar en ebullición. Literatura del lenguaje cifrado y sonambulismo heterogéneo. Moda epidémica que pasará como la flor del heno. Nada violento es durable.

Hasta los mismos defectos—que muchas veces no son más que tanteos del genio en formación—proviene en G. y Galán de la esencia de sus campos. La monotonía, la difusión de ritmos, responden perfectamente a las perspectivas monótonas de las llanuras sin fin de Salamanca.

Brindis de inmortalidad. Se cumplió la *parábola* de Rodó. Al golpe impulsivo de la muerte se quebró la copa de cristal; aquella copa que fué cantando la divina canción sonora, primero, sorda más tarde, cuando la arena del vivir rebasaba los bordes. Aún nos queda su eco misterioso y el recuerdo inmarcesible del cantor.

Brindis de emoción. Evoco en este momento las sensaciones

aquietadoras que nos acogen en la alquería de Galán y en sus obras inmortales. Huelen a casa recién abierta, a primavera reverdecida, a paseo vespertino entre álamos umbrosos y forzudos robles. Al cerrar sus páginas, asocio mis emociones a la nostalgia de la tierra, a la lejanía de la despedida en un puerto, donde la sirena rompe el último adiós y los pañuelos y las ilusiones se agitan como una banda de gaviotas.

Se pierden las últimas voces de los pastores, el ir y venir perezoso de las yuntas y en la perspectiva de la tarde vagamente enrojecida, en la quietud esponjada del barbecho, desde una media loma, levanto mis sentidos para tonificarlos con el olor a primavera, y sobre la taz adusta de aquel campo castellano, se refleja, como óleo perfumado, la sonrisa eterna de un poeta.



SUSCRIBASE USTED

I

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.
- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo. Precio: 30 pesetas.